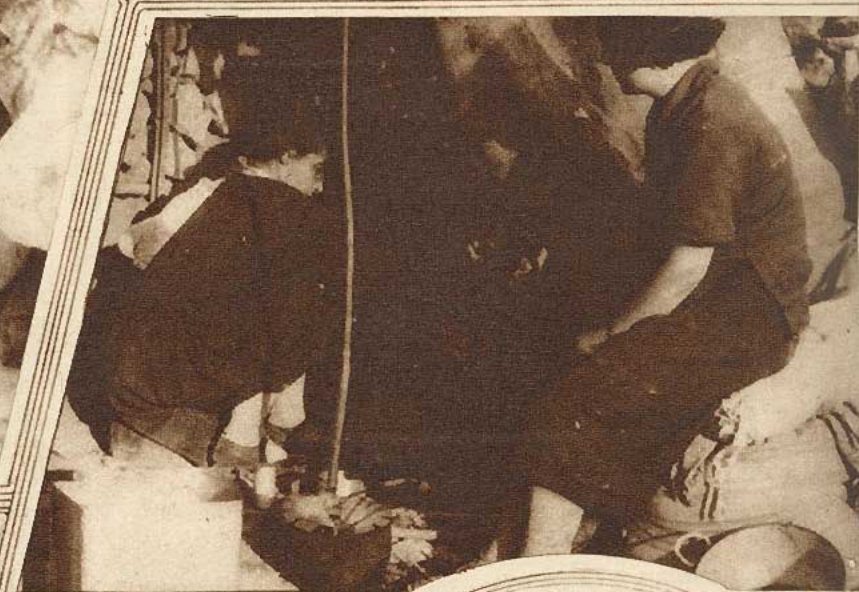


LOS DESHEREDADOS DEL CERRO BLANCO



Se han formado sus grutas y se protegen de las inclemencias de las noches otoñales.

Siempre que se habla del hombre de las cavernas, nuestra imaginación nos hace recordar las fabulosas historias tejidas alrededor de las razas primitivas que huían de las fieras y se guarecían en las grutas y cavernas de los cerros para formar entre sus tinieblas el hogar de esa existencia prehistórica.

Hay que preparar la pobre cena. En tanto, se charla y se olvida...

Toda esa época, llamada edad de piedra, tiene su vida propia gracias a la imaginación de los sabios que con el solo documento de algunas inscripciones encontradas en antiguas grutas y de algunos fósiles, han ideado las costumbres de aquellos antecesores humanos y los han relegado a llevar una existencia cavernaria, siempre temerosos de las fieras y de las tribus hostiles con las que luchaban encarnizadamente por el predominio de los ríos y de las selvas.



¿Qué otra cosa puede hacerse? Dormir es lo mejor. Así los días se hacen menos largos.

Toda aquella primitiva suposición, la hemos vivido en el Cerro Blanco, en las vecindades del Cementerio General, a donde han ido a esconder su miseria los arro-

Están viviendo su miseria con el panorama de un cementerio ante los ojos.

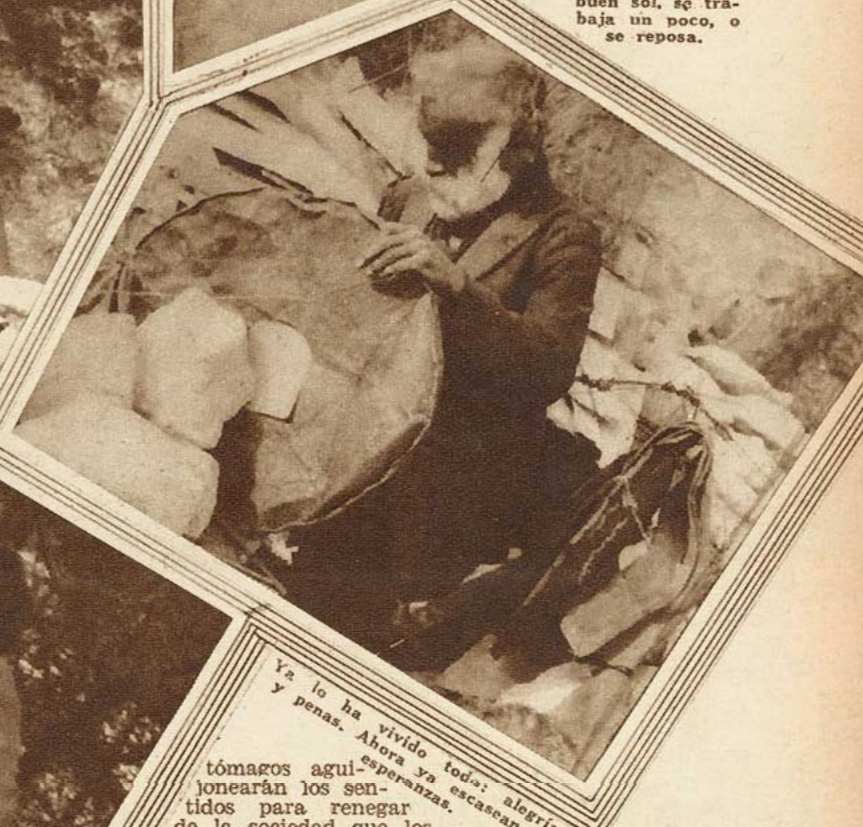
jados del paraíso de las salitreras, de la vida exuberante de los campos y de la actividad febril de las industrias. Como aquéllos que luchaban con las fieras y se ocultaban de los tigres en las grutas, éstos han arañado la piedra blanda y blanquecina para formarse sus grutas y socorrerse de las inclemencias de estas noches de otoño y para abrigarse con la irradiación de calor que despidе la piedra después de haberla recibido del sol.

El egoísmo de nuestra civilización moderna, obliga a infinidad de seres a poner en práctica la imaginación de los sabios y a procurarse abrigo entre los matorrales o en la cueva dejada por un tiro de dinamita que algún minero lluso disparó en la creencia de que hallaría una veta de precioso metal. Y ahí están viviendo su existencia con el panorama de un cementerio ante sus ojos, que les hará recordar la miseria de las vanidades humanas, vientras sus

El amor llega también hasta aquí y alegra un poco las horas.



A la hora del buen sol, se trabaja un poco, o se reposa.



Ya lo ha vivido todo: alegrías y penas. Ahora ya escasean las esperanzas.

tómago agujonearán los sentidos para renegar de la sociedad que los lanzó a vivir sin un techo y con la mano extendida para comer de la caridad pública.

Así como los puentes sobre el Támesis, en Londres, albergan toda la hez de aquella capital, los cerros de Santiago son los que han recibido a la mayoría de los cesantes, porque ahí encuentra abrigo y en donde, alejados de la sociedad, dan libre curso a su vida y a sus amargas protestas de miseria.

M. C. S.

Le hablan a la chica y se van tan una alegre historia, ¡Tiempo habrá para la infeliz niña de conocer el infortunio!